

tancia, ya en bien, ya en mal, en la génesis, desarrollo y consecuencias de los hechos mismos. Refirámonos a uno de estos episodios relacionado con la tonadilla, que si en sí mismo puede considerarse como realmente insignificante, llegó a constituir un elemento, si no decisivo, sí de bastante importancia en el desenvolvimiento de este españolísimo género teatral.

En 1745, el notable actor José Parra, director de una compañía que actuaba en Madrid, contrató al cantante José de Molina, que a la vez era habilísimo guitarrista y que, al parecer, procedía de un estrato social muy poco elevado. Este singular sujeto cantaba canciones picarescas con tan singular gracejo, no obstante su verdaderamente endiablada dicción, que arrebatava a los públicos, obteniendo éxitos cada vez más resonantes. Muchas de las canciones eran de su propia cosecha, y alentado por el favor y el aplauso del público, llegó a componer algunas que se hicieron popularísimas. Tal la estrenada en los intermedios de las representaciones de autos sacramentales que tuvieron lugar en las fiestas del Corpus del año 1746, cuyo título respondía a los dos primeros versos del texto que decían: «Entra moro, sale moro, tiritaina...» La popularidad que alcanzó esta canción fué extraordinaria, a tal punto que desde aquel momento a su autor, José de Molina, nadie le conocía ya por su verdadero nombre, sino por el apodo de «Entramoro»,

que ya jamás pudo borrar, no obstante sus deseos de hacerlo, pues le molestaba de tal manera que con objeto de desvirtuarlo encargó al compositor Misson —importantísimo autor de tonadillas, de quien nos ocuparemos— una canción cuya letra comenzaba precisamente por estas palabras: «Ya no soy entramoro». Inútil fué el ardid, pues cuando un dicho o un hecho llega a *enquistarse* en el espíritu popular, cuanto se haga por deshacerlo es infructuoso. El talento, el buen gusto y la maestría de Misson, puestos al servicio de la composición encargada por José de Molina, no pudieron vencer la liviandad y hasta la chocarrería que había sembrado la cancioncilla originaria del famoso apodo de «Entramoro».

No es extraño que ocurriera este fenómeno teniendo en cuenta el bajo nivel del público en aquella época, poco apto para comprender y gustar de elevaciones y exquisiteces de estilo y de lenguaje de las obras que constituían el repertorio y sí muy propicio a deleitarse y hasta entusiasmarse con las del género más inferior, tanto literaria como musicalmente, y sobre todo con aquello que tuviera un carácter picante, atrevido de intención o de tono picaresco. Lo único que entre toda esta mezcla tenía un valor positivo y lo que perduró beneficiosamente en la tonadilla era el sentido popular que, a pesar de todo, posee siempre virtudes que responden a tradicionales y raciales modos de sentir y de ser.